DISCURSO DE CONTESTACIÓN A EDUARDO SÁNCHEZ BUTRAGUEÑO

LUIS ALBA GONZÁLEZ
Numerario

Excmo. Sr. director de la Real Academia, Excmas. Autoridades, Ilustrísimas señoras y señores académicos numerarios y correspondientes, señoras y señores

Celebramos hoy en esta sesión pública y solemne la toma de posesión como numerario de don Eduardo Sánchez Butragueño, que es por cierto a sus cuarenta años (a excepción del Sr. De Mingo, que es más joven) el benjamín de todos los académicos de número actuales, y al cual agradezco me eligiera para contestarle.

Como sucede en tantas familias españolas, sus apellidos y ancestros paternos y maternos son una mezcla, en este caso de toledanos, gallegos y cordobeses.

La primera imagen que me viene a la cabeza de un miembro de su familia data de hace muchos años. Creo que de uno de sus bisabuelos. Cuando en las idas y venidas desde mi casa, en la calle Carmelitas Descalzos, hasta el colegio de Carmelitas de la Enseñanza en la calle del Ángel, al entrar en la calle Jardines (hoy Alfonso X), en la primera casa de la izquierda que hace esquina con la travesía de las Gaitanas, había un establecimiento comercial sin escaparates. Allí ven-

dían cosas que yo no entendía muy bien qué eran, si semillas, piensos, abonos o coloniales.

En la puerta, un hombre no muy alto con aspecto bondadoso, pelo totalmente blanco y pelado casi al cero, vigilaba su negocio sentado en un frágil sillón. ¿Se le imaginan hoy ustedes con la tremenda circulación viaria que hay en esa calle a ciertas horas del día?

¡Quién me iba decir que más de setenta años después iba yo a contestar el discurso de recepción, en esta Real Academia, a uno de sus biznietos!

Eduardo ha recibido la medalla número XXII, en la que solamente le han precedido dos compañeros. El motivo, a pesar de estar ya esta Academia en el centésimo segundo año de su fundación, es que las medallas de la XXI a la XXV fueron creadas por O. M. de 7 de marzo de 1973. El primero en recibirla fue el recordado Gonzalo Payo Subiza, doctor ingeniero geógrafo, quien además de ocupar importantes cargos políticos, como presidente de la Junta de Comunidades y después diputado en las Cortes de Castilla-La Mancha, hasta su fallecimiento, actuó en el campo de la poesía, la pintura, la literatura y el ensayo, e incluso fue colaborador en la prensa diaria. Fue académico durante veintiséis años.

El segundo ha sido Ramón Sánchez González, elegido más tarde duodécimo director durante el quinquenio 2010-2015, y cesado con posterioridad a voluntad propia. Es doctor en historia, catedrático en la Facultad de Educación de Toledo y correspondiente de las reales academias de San Fernando de Madrid y de Nobles Artes de Córdoba.

***

El nuevo académico cursó sus primeras enseñanzas primarias y medias en una institución de enorme solera histórica

en nuestra ciudad: el colegio de Infantes. Sus estudios superiores los realizó en la Universidad de Castilla la Mancha, donde, siguiendo en parte la línea paterna, obtuvo en el año 2000 el título de ingeniero técnico agrícola (en la especialidad de Explotaciones Agropecuarias), y más tarde el de licenciado en Ciencias Ambientales (en la especialidad de Planificación y Gestión Ecológica). Más tarde, realizó un postgrado como experto en Desarrollo Sostenible.

Comenzó su trayectoria laboral desempeñando diferentes trabajos como profesor de agricultura ecológica, técnico de expropiaciones y consultor de calidad. De 2004 a 2012 fue director de las obras de mejora y mantenimiento de la Ruta del Quijote en las cinco provincias de Castilla la Mancha.

En ese año se incorporó a Seguros Soliss, empresa netamente toledana, donde se le encomendó la dirección de comunicación de la mutualidad, así como el desarrollo del área social y cultural. Actualmente es el director de la Fundación que lleva el nombre de esa compañía.

Se le han entregado diferentes premios: de la Real Fundación de Toledo; del Ateneo de Toledo; el de Historia de esta Real Academia; de la Federación de Asociaciones de Vecinos del Casco Histórico y de la Cadena Cope de Castilla la Mancha. Pregonero del Corpus en 2015, es asimismo directivo del club Deportivo Toledo.

Fue elegido académico correspondiente por Toledo en marzo de 2017 y numerario en octubre de ese mismo año, de cuya medalla toma hoy posesión.

Ha publicado numerosos artículos científicos relacionados con el mundo forestal y colaborado en diferentes publicaciones literarias.

He querido dejar para último lugar el recordar que es miembro de la Comisión Técnica del Pacto de Toledo por el río Tajo, pues creo es una de sus preocupaciones más apa-

sionantes, como debería serlo de todos los toledanos. Importantísima asignatura pendiente de la ciudad. Pero hay algo por lo que pasará a los anales toledanos, motivo de muchos de los premios anteriormente citados y que marca y marcará su experiencia vital: el estudio, divulgación, análisis y recuperación del patrimonio fotográfico de Toledo.

A través de su blog *Toledo Olvidado* ha publicado ya más de trescientos artículos y casi treinta mil fotografías, muchas de ellas desconocidas o inéditas. Buscadas y rebuscadas en archivos privados o públicos esparcidos por todo el mundo, desde diferentes países de Europa y América hasta Nueva Zelanda. Muchas de estas fotografías han servido de base para la publicación de sus cuatro libros. Suman en total unas 1.300 los 4 volúmenes, el último de los cuales ha aparecido recientemente. Todos han visto la luz por la vía del micromecenazgo gracias a setecientas personas.

A pesar de todo ello no deja de sorprendernos este interesante discurso de ingreso que hemos escuchado, acompañado en este caso de obligadas imágenes. A lo largo del mismo nos ha hecho una espléndida exposición sobre la evolución fotográfica de la vista panorámica de nuestra ciudad desde el Valle, una de las vistas más espectaculares de cualquier ciudad europea. Hemos podido observar cómo Toledo, al igual que otras ciudades, pueblos, lugares y paisajes, ha cambiado y evolucionado a lo largo del tiempo, como todo ser vivo.

En el caso de Toledo, y después de ver esas fotografías, observamos que el cambio ha sido para mejorar, al menos en el aspecto exterior que nos ha mostrado. Ha pasado de ser un secarral, casi exento de arboleda, a la imagen de hoy, en que aparecen numerosas manchas verdes, y no digamos en sus alrededores y zona de cigarrales. En el interior siempre lamentaremos la desaparición, por motivos bélicos, políticos, desidias, abandonos o especulaciones, de edificios que Eduardo

ha hecho resaltar con sus imágenes. La cúpula de la iglesia del convento de la Purísima Concepción de Agustinos Descalzos o Recoletos en la plaza de san Agustín, obra del madrileño fray Lorenzo de san Nicolás; o la de San Torcuato, de monjas agustinas, de Jorge Manuel Theotocópuli; o el de la insigne fundación cisneriana de San Juan de la Penitencia, de monjas franciscanas, atribuida al alcalaíno Pedro Gumiel; amén de otras iglesias o edificios civiles. Aunque algunos renacidos de sus cenizas, otros definitivamente desaparecidos.

Y dentro de este campo fotográfico, quiero aprovechar y reivindicar desde aquí la figura ya histórica de un profesional sobre el que Eduardo Sánchez Butragueño ha comentado en su blog apasionadamente, y del que podemos ver varias de sus interesantes fotografías tanto en dicho blog como en los *Toledos Olvidados*. Una de ellas mereció la portada del *Toledo Olvidado 2*, con esos bañistas al borde del Tajo. Fotógrafo que ha empezado a ser más conocido desde no hace más de veinte años: el toledano Alfonso Begue.

En mi opinión hay que divulgar aún más su figura y ponerle a la altura del otro gran genio de la fotografía toledana, Casiano Alguacil. Comprendo que hay una enorme diferencia, aunque solo sea de vida, entre uno y otro, pues el mazarambreño Casiano vivió ochenta y dos años, de 1832 a 1914, mientras que el toledano, nacido dos años después, en 1834, el 23 de enero (así que no le pudieron dar otro nombre que el de Ildefonso), fallecería súbitamente en su ciudad natal en 1862, a los 31 años.

A lo largo de su larga vida, Alguacil no solo fotografió Toledo en todos los aspectos: sus monumentos, clasificados estilísticamente; sus tipos y costumbres, el Tajo, el Greco..., sino que también amplió su campo de acción. Entre sus más de ochocientas placas conservadas las hay de Madrid, Salamanca, Burgos, Ávila, Segovia, Zamora, León, Córdoba y

Sevilla. También realizó trabajos de estudio, en especial retratos de toledanos en formato de *carte de visite*.

Alfonso Begue, en cuya vida, repito, hay que profundizar más, nació en una familia acomodada y marchó a Madrid, se cree, sin haber cumplido los veinte años. ¿Por qué no pensar que -atraído por ese nuevo e incipiente arte de la fotografía- después de trabajar algún tiempo en el estudio de algún profesor fotográfico se trasladara a París y volviera de allí con una buena formación?

El hecho es que con veintisiete años aparece ya con su estudio instalado en la céntrica calle de la Luna, cercana a la hoy Gran Vía. Tuvo que tener un enorme y rápido éxito en esos pocos años de vida profesional, cuando aparte de realizar los inevitables retratos de estudio realizó por encargo del Ayuntamiento de la capital las fotografías de las cincuenta y cuatro fuentes públicas diseminadas por las plazas madrileñas. Al mismo tiempo no se olvidó de su Toledo, sobre todo porque la venida desde Madrid se había agilizado al máximo desde que la reina Isabel de Borbón, con el presidente del Gobierno, el gaditano Javier de Istúriz, inauguró en 1858 la línea férrea, con una duración del trayecto entre las dos ciudades de tan solo tres horas.

Y así, Begue fotografió la ciudad y realizó casi doscientas fotografías estereoscópicas, toledanas en su mayoría, aparte de las de Madrid y alguna del Escorial. Al estar numeradas manualmente, quizá por él mismo, probablemente las primeras fuesen de Madrid, pues la n.º 40 ya es Toledo, y así será por lo menos hasta la 172, que encontré hace algún tiempo. De ahí que no nos pueda extrañar que sea considerado por algunos estudiosos el primer estereoscopista español, probablemente influido por los compañeros franceses que le antecedieron. Además, hizo fotografías de objetos raros y de trajes de empleados de la Catedral y del Ayuntamiento. E inclu-

so realizó microfotografía para sortijas y colgantes que muchos hemos conocido aplicadas a piezas damasquinadas.

Da pena que Toledo no guarde sus colecciones, que se reparten principalmente entre el Museo de Historia de Madrid y la Universidad de Navarra, aunque algunas se encuentran en el Fondo Rodríguez del Archivo Histórico toledano y el Archivo Municipal.

Hace años inicié una paciente búsqueda en el Archivo de Protocolos madrileño para tratar de encontrar la partición de bienes y declaración de herederos de Begue, al haber muerto *ab intestato* y sin descendencia. Petición que solicitaron sus hermanas a un abogado de la Corte. Hasta ahora no he tenido suerte, después de haber visto una ingente cantidad de legajos de los numerosos notarios del último tercio del siglo XIX que había en la ciudad.

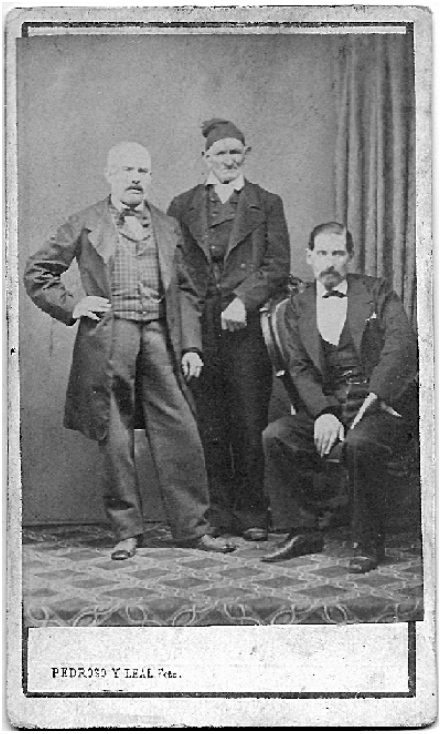
Mis aptitudes van flaqueando, así que animo a jóvenes investigadores y estudiosos del tema (que, me consta, los hay, especialmente tres grandes investigadores toledanos) para que continúen este trabajo que tanta información nos daría de sus enseres, aparatos, inventario de placas y fotos, etc.

Para terminar, al igual que el nuevo académico, paso a proyectarles ocho fotografías como homenaje. Por un lado, a los toledanos que quisieron posar en los primeros estudios, yo diría casi prehistóricos, de los profesionales que se instalaron en Toledo a pesar de la decadencia que arrastraba desde hacía dos siglos. Y por otro lado, a los pioneros de este arte que aquí desarrollaron sus experiencias.

Número 1. Retrato de uno de los primeros fotógrafos instalado en Toledo y de su primer estudio en la calle Cordonerías, esquina a la calle Ancha. Se trataba de Pedroso, en realidad un hombre de negocios asociado en ese momento a Leal, que era el técnico. Foto de 1863 a 1866. Al igual que

el Nobel de Literatura italiano Luigi Pirandello, al ver fotos similares, se preguntaba, yo también me pregunto: ¿Quiénes serían estos conspicuos toledanos? ¿Padre, hijo y abuelo? ¿Nacería el más anciano al final del siglo XVIII?

Número 2. Fotografía de Rafael Mora. Muchacho vestido de baturro (¿Para un carnaval?). Foto de 1867 a 1872. Su estudio estaba en el paseo de San Cristóbal.



Números 3 y 4. Alguacil. Una con artístico soporte y retrato de joven bien vestido. Otra en soporte sencillo con señora elegante, abanico en mano. Finales del XIX.

Números 5 y 6. De Begue. Estas dos me inclino a pensar sean de él, pues ya comenté que hizo fotos de objetos raros y de empleados de la Catedral y Ayuntamiento.

Si bien alguna ha sido atribuida a Alguacil, no podemos dejar de pensar en compras, cambios, préstamos, depósitos hechos en estudios de antiguos compañeros, o apropiaciones y atribuciones indebidas por parte de algunos profesionales. Así, tenemos a este macero de la capilla de Reyes de la Catedral (que todavía desfila en el Corpus con traje similar) y un niño, bien vestido de pajecillo para el Corpus o ataviado como uno de los personajes en la representación de la Sibila. Me inclino más por lo primero, al estar suspendida dicha representación en la Catedral por aquellos años.

Las dos últimas, **números 7 y 8,** señora y caballero. Fueron retratados por Begue en su estudio madrileño. Podemos observar en el reverso de una cómo Begue resalta haber hecho la primera foto microscópica en España, e incluso inserta publicidad para ponerla en sortijas, abanicos y dijes.

Todo ello me lleva a recordar como conclusión lo que dijo un fotógrafo y pintor húngaro muerto en el exilio en Estados Unidos en 1946, Lazsló Moholy-Nagy: «El que ignore la fotografía será el analfabeto del futuro».

Ha sido para mí un gran honor contestar al discurso de ingreso que hemos escuchado, y más en este recinto alcazareño, que tantas evocaciones trae a mi recuerdo.

Bienvenido seas a esta Real Academia, Eduardo, entrañable amigo y toledano de nación y de vocación.